

# LA MADRE DE FAMILIA.

## REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobacion eclesiástica.

y bajo la direccion

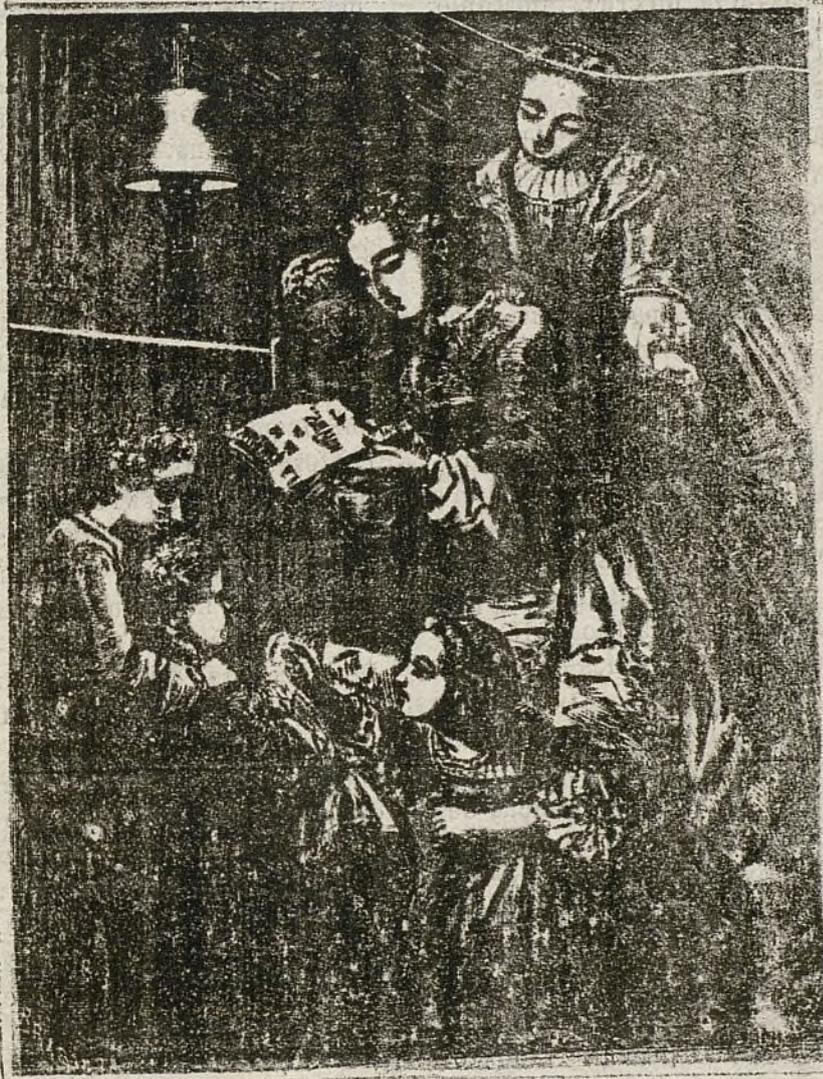
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los dias 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO  
ES EL  
DE UN REAL AL MES.  
EL MÁS BARATO  
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose tambien los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

23 de Noviembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 27.

## SUMARIO.

Los dos viajeros, novela.—El último beso, poesía.—La flor del cielo, novela.—Un recuerdo á mis padres, poesía.—Seccion doctrinal, La senda del cielo.

## LOS DOS VIAJEROS.

(CONTINUACION.)

Un dia entre otros, recuerdo que estaba con suma inquietud porque nuestras necesidades aumentaban, y mis recursos no bastarian para cubrirlas; y antes de ir al trabajo entré en una capilla en donde decian misa. Distraido aun ante el altar, repasaba los números de mi pobre presupuesto, y sentia apoderarse de mi corazon una profunda tristeza, cuando mis ojos se fijaron

en dos ramos de lirios colocados en el altar, y entonces se representaron á mi espíritu las siguientes palabras del divino Maestro: «Mirad los lirios del campo como como crecen y florecen; no labran, ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni el rey Salomon en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de ellos. Pues si á una yerba del campo que hoy es y florece, y mañana se echa al fuego, Dios así la viste, ¿cuanto más á vosotros, hombres de poca fe?»

«¡Poderosa dulzura de las palabras del Evangelio! En el momento reanimaron mi abatido espíritu; puse mis inquietudes en manos de Dios, y marché consolado á mi trabajo, á mi deber, persuadido de que si cumplia con lo que el Señor esperaba de mí, á su vez no me faltaria el Señor. Plégole, no obstante, som eterme á nuevas prue

bas. Él sabe el por qué de lo que los hombres llaman una gran desgracia, un cruel infortunio. Bendito sea su santo nombre!

«El peligroso trabajo á que vivía sujeto hacia algunos años, había debilitado considerablemente mi vista, que iba oscureciéndose cada día mas. Sentía los inconvenientes de esta enfermedad; entristeciame á veces al ver que se interponía como un velo entre la naturaleza y mis ojos, y al encontrar serias dificultades en el cumplimiento de mis deberes. Poco á poco mi situación se hizo mas grave; los médicos me dieron pocas esperanzas, y comprendí que iba á pedírseme un nuevo sacrificio. ¡Ah, mi querido Héctor, cuán flaca es nuestra naturaleza contra las privaciones y el dolor! ¡cuántos momentos tuve de murmuración, de devoradoras inquietudes, de sombrío dolor! La ceguera y la indigencia se representaban continuamente á mi espíritu, y parecía que toda mi alma clamase á Dios: ¡No, no quiero! apartad de mí este caliz, pues no sabría beberlo!

«En tales disposiciones fui á encontrar á un santo sacerdote en quien tenía toda mi confianza. Escuchó mis quejas con la indulgencia de un padre, y despues me dijo con calma:

—«Hijo mio, ¿no eres ya cristiano? ¿Dios ha dejado de ser Dios? ¿No eres ya discípulo de la cruz? ¿Vas á flaquear en el momento del combate?...

«Yo dejé caer la cabeza.

—«Rehusas aceptar la cruz que el Salvador te ha preparado, y que, siguiendo sus santas y verdídicas palabras, debemos llevar en pos de Él; ¿Querrás decir á tu Dios, como el ángel rebelde: No obedeceré?

«Yo no respondí.

—«Hijo mio, añadió, oremos los dos.

«Y comenzó á decir en voz alta el *Padre nuestro*. Á estas palabras: «Hágase tu voluntad,» me miró y dijo:

—«¿Puedo decir estas palabras? ¿no te conformarás con ellas, hijo mio?

«Las palabras del sacerdote y aquella oración habían levantado mi espíritu, y sentí renacer en mí el valor del cristiano.

—«¡Hágase tu voluntad! exclamé con resolución. No quiero sino lo que Dios quiera.

—«Puesto que así hablas, dijo el sacerdote, en nombre de Dios te prometo la paz: paz encontrarás en las penas mas amargas: la paz no te abandonará, y Aquel que te está probando se encargará por sí mismo de hacer tu felicidad.

«Incliné la cabeza bajo esta promesa, y salí con el corazón tranquilo y enteramente dispues-

to para lo que una hora antes temía mil veces mas que la muerte. Efectivamente, lo que despues vino, ni aun pudo sorprenderme: quedé enteramente ciego, y por tanto incapacitado para trabajar. Entonces conocí la bondad de Dios en toda su extension, pues la ví reflejarse en sus criaturas. La divina Providencia me deparó de improviso, á mí tan aislado hasta entonces, amigos llenos de zelo, bienhechores tiernos y buenos como padres y hermanos, que no solo á mí, sino tambien á mi madre, nos rodearon de mil desvelos y cuidados... He vivido de la caridad de mis hermanos; he sido para algunas almas objeto de sus buenas acciones, y no me avergüenzo de confesarlo, porque estos momentos han sido los mas dulces de mi vida.

«Comenzaba á encontrar algunos nuevos recursos en mi escaso talento musical que las circunstancias me permitían cultivar, cuando Dios tuvo á bien probar una vez mas mi fidelidad. Dijéronme que mi madre se encontraba muy mala y que parecía tocar el término de sus largos sufrimientos. ¡Ay! hacia seis meses que no había podido interrogar aquel rostro amado, ni había conocido el gran dolor que le causaba mi enfermedad mas que por la débil presión de su temblorosa mano que la mía iba á buscar.

«Mis amigos y protectores, algunas mujeres cristianas y generosas, rodeáronla de cuidados, y hubieran retardado su muerte si Dios no hubiese señalado la hora... Avisábanme los progresos que hacia el mal, y no podía hacer otra cosa que ofrecer al Señor este nuevo y mas penoso sacrificio.

«Por la tarde de aquel mismo dia, dejáronme solo con mi madre. Sentéme al lado de la cabecera, y tomé su mano: sus dedos rígidos apretaron ligeramente la mía. Así transcurrió media hora... Solo turbaba el silencio la respiración desigual y convulsiva de la enferma, que al fin apenas se hizo perceptible... su mano iba enfriándose mas y mas y parecíame que helaba la mía... Entraron en el aposento, y uno de mis amigos quiso llevarme de allí al instante... ¡Mi pobre madre ya no existía!...

«¡Oh! mi querido Héctor, no sabe V., no puede V. figurarse qué vacío deja en nosotros y á nuestro alrededor la muerte de nuestros padres, de aquellos por quienes y para quienes vivimos! Creía haber sufrido, pero no fué sino hasta el dia en que quedé solo en la tierra cuando comprendí cuán trabajosa es la vida y cuán meritorio puede ser para ciertas almas vivir sin desear la muerte... Continuemos: allí ví como en todo la voluntad de Dios; una vez mas fué esta mi egi-

da, y poco á poco encontré, en un comercio mas frecuente con el cielo, la paciencia y la resignacion que tan necesaria me era para seguir el penoso camino de la vida...

«Pocas palabras tengo que añadir. Mis amigos me alcanzaron una plaza de organista en el Norte de Francia; pasé dos años en un pueblo del Hainaut frances, la pobreza de aquella parroquia me obligó á dejar aquel empleo; pero mis buenos favorecedores me han proporcionado otro en Friburgo, en Suiza. Ahora voy á mi nuevo destino, dichoso por haber encontrado en mi camino á un verdadero amigo, á un hermano tan lleno de bondad con este pobre ciego.

«Conoce V. mi historia; la voluntad de Dios nos lleva á nuestro fin por medios contrarios á nuestra naturaleza; su divina Providencia, que aun en medio de rigores aparentes vela por nosotros con tanta suavidad; estos son los pensamientos que me han sostenido y me sostienen todavia; y por ingrata que haya sido mi suerte, no cambiaria mi destino por la vida mas brillante y afortunada, si en medio de toda su dicha no la animase el espíritu del cristianismo!»

## V.

## LA AURORA.

Un largo silencio siguió á la relacion del ciego. Héctor parecia vivamente impresionado, y bajo el peso de una emocion en que se mezclaba la sorpresa y casi la duda, tomó al fin la mano de Roberto, y dijo:

—¿Es posible que en medio de infortunios tan abrumadores haya V. guardado calma y resignacion, y que esta paz tan envidiable de que goza, sea solo fruto de su fe religiosa?

—Yo le doy testimonio de que es esto verdad; sin la fe estaba yo perdido, pues era demasiado infeliz, y tenia un alma demasiado ardiente, demasiado ávida de felicidad, para luchar solo contra ese naufragio de toda esperanza humana. Dios ha sido mi sostén y por Él vivo, por Él gozo de paz! ¡Ah! mi buen amigo, no podemos imaginar lo que es para nosotros Jesucristo!

Héctor habia escuchado á Roberto con atencion reconcentrada. Á medida que hablaba, notábase en su fisonomía un movimiento muy marcado, como si quisiese decir: Veo... comprendo... creo... Y al fin, apretando otra vez entre las suyas la mano de Roberto exclamó:

—Si Jesucristo es todo esto para nosotros, no

basta toda nuestra vida y nuestro corazon entero para amarle como merece!

Apenas hubo concluido estas palabras, cuando ambos amigos se estrecharon entre sus brazos, inundados de lagrimas deliciosas. Asomaban los primeros destellos de la aurora, y lucian tambien los primeros resplandores del dia en aquella alma sentada por tanto tiempo en las sombras de la muerte.

## VI.

## LA CASA PATERNA.

Aquel rayo de la gracia, que tan de repente habia iluminado el alma de Héctor, no fué una chispa fugaz, sino una luz tranquila y duradera. Hastiado de todo, agobiado por la pesada carga de libertad, riquezas y placeres, no habia podido contemplar sin profunda sorpresa la serenidad, la paz que se retrataban en Roberto; en Roberto ciego, pobre, aislado, que al parecer no podia inspirar otro sentimiento que el de compasion, y que habia parecido á Héctor casi digno de envidia.

La gracia victoriosa acabó lo que la razon habia comenzado; despertó los sentimientos cristianos adormecidos en el corazon del jóven; hizo sentir lo que es el alma alejada de Dios por el pecado. Iluminado por estas últimas luces, Héctor suspiraba por el feliz momento de su reconciliacion con Dios.

—Soy cristiano, decia á su amigo, y lo seré delante de todo el mundo, con la cabeza alta ahora y siempre. No tendré oculta en el fondo del corazon la ardiente conviccion con que me favorece el cielo, antes haré que brille á los ojos de todos aquellos á quienes haya escandalizado. Ruegue V. por mí, querido Roberto, para que haga honor á la Religion por medio de una vida toda nueva y llena de buenas obras.

—Dios que le ilumina, le sostendrá,—contestó Roberto lleno de gozo.

Ambos tenian prisa por saltar del buque, en donde sus movimientos, su larga conversacion, y sobre todo su repentina intimidad, excitaban la curiosidad de los viajeros. Desembarcaron en Maguncia, y Héctor tomó una silla de posta que debia conducirles á Friburgo, lugar de su comun destino. Durante este viaje repetia á menudo:

(Continuará.)

## EL ÚLTIMO BESO.

DOXORA.

DEDICADA AL SR. D. FRANCISCO RAVASSA Y MUÑOZ.

## I.

La madre triste lloraba  
Porque su hijo partía;  
El hijo triste gemía  
Porque á su madre dejaba.

«No me olvides!» sollozando  
Dicen los dos con afán:  
«Jamás!» contestan llorando,  
Y abrazos tiernos se dan.

El tren, á salir dispuesto  
Mas aumenta la aflicción,  
Pues va á sucederse presto  
La horrible separación.

«Madre!» dice, «el tren me llama  
Bendíceme» y cae de hinojos...  
«Dios te bendiga!» ella exclama  
Alzando al cielo los ojos.

Y al pesar que les domina  
Cediendo mudos los dos,  
Callan y un beso termina  
El no pronunciado ¡adios!...

Y el hijo, calma fingiendo  
Y su dolor ocultando  
Al tren subióse gimiendo  
Siempre á su madre mirando.

Y aquel principia á silbar  
Y ya comienza á partir;  
Torna la madre á llorar  
El hijo torna a gemir.

¡Adios! los labios dijeron  
¡Adios! los ojos hablaron  
Y ¡adios! también repitieron  
Los pañuelos que agitaron.

¡Oh que desgracia pasaba!  
Un alma se dividía,  
Una mitad se quedaba  
Y la otra mitad partía.

Y en aquel triste momento  
En que verse no pudieron  
Idéntico pensamiento  
Los dos á un tiempo tuvieron.

Pues ambos ¡dolor impío!  
Llegaron á presentir:  
¡El beso dado al partir!  
¡Será el último, Dios mío?

## II.

En un oscuro aposento  
(No lo digo sin llorar)  
Una mujer vá á entregar  
Su ya postrimer aliento.

En su doliente agonía  
Con voz lenta suspiraba,  
Una familia gemía  
Y un sacerdote rezaba.

La mujer incorporóse,  
Sus vagos ojos se abrieron,  
Llanto y rezo interrumpióse  
Y estas palabras se oyeron:

«¡Hijo mío! hijo adorado!  
Hijo de mi vida; sí,  
Fué aquel beso desdichado  
El último que te dí.

Y mientras ¡hijo! decía  
Su aliento se concluyó;  
Terminóse su agonía  
Y un alma al cielo voló.

## III.

Un jóven está rezando  
Junto á una tumba de hinojos;  
Dice cuanto está pensando  
La mirada de sus ojos.

En medio de su amargura  
Y de su atroz desconsuelo,  
Su boca un nombre murmura,  
Sus ojos miran al cielo.

Y con las manos cruzadas  
Dice en lágrimas deshecho  
Estas frases arrancadas  
De lo profundo del pecho:

«¡Madre mía! bien amado!  
¡Madre de mi alma; sí,  
Fué aquel beso desdichado  
El último que te dí...

Y entonces voz de consuelo  
Allá á lo lejos se oyó:  
«¡Hijo de mi vida; nó!  
¡Ya te besaré en el cielo!»

GASPAR ESTEVA

## LA FLOR DEL CIELO,

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

En aquel instante la puerta de la estancia se abrió y Alberto penetró en la habitación.

Su frente estaba contraída, sus mejillas estaban más pálidas que de costumbre, y el cristal de sus ojos menos brillante que otras veces.

Miró á Marina con ansiedad, y ya iba á dirigirle una pregunta, cuando el criado que le había anunciado se acercó á él de nuevo y puso en sus manos una carta.

—Qué es esto? preguntó Alberto tomándola.

—Un criado de D. Luis, el amigo del señorito, acaba de traerla rogándome se la entregase, y yo por si es urgente no he querido demorar...

—Está bien, vete, dijo Alberto dando algunos pasos y rompiendo el sobre de la carta que leyó, estrujándola después entre sus manos y arrojándola con violencia.

—Oh; murmuró, me anuncia que esta tarde vendrá á hacer efectiva su deuda! y yo no puedo... qué hacer?

Y Alberto, aturdido por aquel nuevo contratiempo, se olvidó por un instante del asideas que antes le preocupaban.

Él sabía que su hija iba á exigirle una explicación, iba á pedirle que le descubriera su origen, así se lo había oído decir pocas horas antes oculto en casa de Margarita, y esperaba que su primera entrevista con Marina iba á ser penosa y violenta para él.

Por otra parte, Luis con su carta le ponía en grave apuro, puesto que las deudas del juego no admiten demora y él debía una cantidad que en aquel instante no tenía.

Al llegar junto á su padre, acarició un instante la esperanza de que tal vez el anciano poseería algunos fondos que podrían salvar su honor, y sacarle de aquel apuro. Los intereses del padre y del hijo no habían sido siempre los mismos, y el viejo Baron de Almonacid tenía fama de avaro á la vez que de egoísta.

Alberto, pues, se decidió á tentar el último esfuerzo, probando á pedirle recursos.

Para eso era preciso alejar de allí á la niña, y aplazar para más tarde la explicación que sin duda ella le iba á demandar.

—Marina, dijo con voz opaca, déjanos un momento solos: tengo que hablar con mi padre de

negocios que no están á tu alcance, y quiero evitarte ese fastidio.

—Es que...

—Sigue.

—Quería... es decir deseaba hablar algunos instantes con el señor Baron.

—Conmigo, hija mia? ya sabes que siempre te escucho con placer, pero ahora...

—Oh! me interesa tanto lo que...

—Bien, bien, pero, más tarde, más tarde! esperame en tu cuarto y allí...

—Me irá V. á buscar? es cierto?

—Sí, no lo dudes.

—Pues no tarde V. porque lo que anhelo saber es para mí un problema de vida ó muerte y V. puede...

—Yo... yo te diré todo lo que debas escuchar pero nada más, murmuró el Baron, con acento un tanto severo.

Marina miró con asombro á Alberto.

Era indudable que él había adivinado su pensamiento; pero era seguro también que no estaba resuelto á ceder á sus deseos enteramente y sin reticencias.

La pobre niña sintió que las lágrimas acudían á sus ojos, pero las contuvo en ellos, y se dispuso á salir de la estancia.

Al llegar á la puerta casi, vió en el suelo arrugada y tirada la carta que Alberto acababa de arrojar, y por un movimiento instintivo la cogió sin que ninguno de los dos reparase en ello, y salió ocultándola entre sus manos y murmurando al par,

—Si en esta carta hallara yo algo de lo que busco... si fuera ella una luz que me alumbrara en este caos!

Alberto y su padre quedaron solos.

El anciano más preocupado que otras veces exclamó, cuando el último pliegue del vestido de Marina desapareció tras el portier,

—Esa niña á venido á preguntarme el nombre de su madre.

—Ya lo suponía! respondió Alberto con voz breve.

—Por qué?

—Margarita está en Madrid.

—¿Y ha visto á su hija?

—La ha visto.

—Luego ¿ha faltado á su promesa, á su juramento?

—No: su boca ha permanecido muda!

—Entonces...

—Una casualidad sola á venido á despertar los adormecidos sentimientos de Marina, y su afán de conocer á su madre!

—Y que vas á hacer?

—No lo sé!

—Para decirle la verdad era preciso que la devolvieras á su madre, que te resolvieras á hacer público tu matrimonio.

—Eso jamás! prefiero...

—Qué?

—Separarme de Marina, alejarla de esta casa y volverla otra vez á su convento.

—Alberto, eso es imposible! dejar de ver á esa niña! privarnos de su sonrisa, único rayo de sol que alegra y alumbrá esta casa no, yo no lo consentiré, no puedo consentirlo! yo necesito verla, necesito tenerla junto á mí! soy ya muy viejo, Alberto, estoy próximo á llegar á los linderos de la muerte, y esa niña, te lo confieso, hace nacer en mí ideas estrañas, pero dulces y consoladoras como su mirada. Oh! yo medito muchas veces que debe haber un cielo para las almas como la suya!

—Y ¿crees tú por ventura, que me sería á mí menos sensible? no! ya te he dicho muchas veces que Marina me dominaba á pesar mio.

—Pero su madre... como es que ha venido?

—Esta enferma, próxima quizá á morir y anhela tenerla á su lado, porque...

—Oh! casi creo que tiene razon! la muerte debe ser muy triste, si la sonrisa de un angel no la quita parte de su horror.

El anciano inclinó la cabeza y Alberto se pasó una mano por la frente intentando borrar una idea que acababa de cruzar por ella.

—Hablemos de otra cosa, dijo al fin: yo habia venido aquí á manifestarte el apuro en que me veo y á rogarte que si estaba en tu mano me libraras del deshonor.

—Á tí? y cómo es eso?

—He jugado sobre mi palabra y he perdido.

—Mucho?

—Sí, mucho mas de lo que poseo.

—Y no puedes...?

—No hallo medio de pagar, y esto sería una afrenta que no quiero arrojar sobre mi nombre.

—Mas, como has podido...?

—Perder? Oh! es lo mas fácil! cuando la suerte se empeña! además, hay momentos de vértigo en que no pensamos en nada: momentos en que nuestra voluntad menos fuerte que nuestra razon, es arrastrada no sé si por la vanidad por la ambicion ó la locura: en que no se piensa en el mañana, dominados por el presente, en que las ideas se confunden, en que no escuchamos mas que una voz que murmura á nuestro oido, «sigue...» y seguimos como la ola sigue el oculto

movimiento que la impulsa á que venga á estrellarse en la playa.

—Siempre te he dicho que eras poco calculador, y que jamás lograrías rehacer tu fortuna entre los azares del juego.

—Pero en fin, ¿puedes sacarme de este compromiso terrible? preguntó Alberto con ansiedad.

—No, respondió el anciano friamente.

—Entonces.... no sé que recurso adoptar. Y Luis vendrá dentro de algunas horas y.... Oh! esto es terrible, esto es para desesperarse.

Y sin decir una palabra mas salió de la estancia resuelto á buscar á su administrador y á reducir á dinero cuanto poseía en el término de algunas horas, aunque para ello tuviera que destrozar ó destruir su fortuna.

El anciano quedó solo y pensativo por algunos momentos, murmurando despues lentamente.

—Oh! vá desesperado! será capaz de hacer una locura y... casi, casi me arrepiento de no haberle dado.... Los padres tienen obligacion de sacrificarse por los hijos... por los hijos! pero acaso Alberto es para mí un hijo bueno? ¿acaso me ha llamado nunca «padre mio» como Marina dice que esta palabra se debe pronunciar? Marina! Oh! si ella supiera que soy su padre dos veces! cómo me amaría, con que solicitud velaría á mi lado, y luego... si fuera cierto, si fuera verdad que hay algo tras la tumba, con que afán rogaría por mí, y... qué eficaces deben ser sus ruegos para redimir un alma!

El anciano dobló la cabeza y se ensimismó de tal modo en sus pensamientos que hasta llegó á olvidarse un instante de los dolores físicos que atormentaban su cuerpo, para ocuparse solo de la angustia moral y de la inquietud que á su pesar iba invadiendo su alma.

Cuando Alberto salió de la estancia de su padre, se dirigió á toda prisa en busca de su administrador, anhelando como hemos dicho, reducir á dinero cuanto poseía.

Así se lo manifestó al punto de hallarle, dejando admirado á aquel hombre honrado que por tantos años habia tenido la direccion de su fortuna.

Por muy acostumbrado que estuviese D. Juan á las locuras y derroches de Alberto, quedó sorprendido al saber lo que aquel día venia á exigirle.

Pero á las reflexiones que se atrevió á hacerle él contestó solamente con una palabra breve y concisa que no admitia réplica:

—Lo mando! dijo, y el buen administrador nada tuvo que responder.

Lamentó en silencio aquella ruina, pero se dispuso á llevarla á cabo.

Cuando Alberto quedó solo, se dejó caer en un sillón fatigado por un instante de las agitaciones de su vida.

En efecto, aquel espíritu inquieto y desordenado, parecia cansarse de la lucha, y mirar por un momento con cierta especie de ansia, la no gustada paz, la antes desdeñada calma!

Y en aquel momento, hora por que hubiese llegado para él el instante en que acaba la juventud y sus alegrías, hora por que, poco acostumbrado á las contrariedades y á la lucha se desalentaba al primer golpe de la suerte, á la primera gota de amargura que cayese en su corazón, era uno de los momentos mas espinosos de su vida, mas violentos para su alma.

Aunque libertino y calavera y culpable, su entrevista última con Margarita le habia causado una penosa impresion, y al recordar los sufrimientos de aquella pobre madre; la dolorosa energia con que habia dominado sus sentimientos y el grito de su corazón; sentia en su conciencia algo parecido á la voz del remordimiento.

Presas de encontradas ideas, permanecia inmóvil y taciturno, ya contemplando el drama íntimo que se desenlazaba en el fondo de su pecho, ya recordando el compromiso que pesaba sobre él, compromiso en que se ventilaba su nombre, su honor y su reputacion ante la sociedad y ante el mundo.

Aquella deuda contraída en una noche de locura pesaba sobre él como una amenaza terrible, y la carta de Luis anunciándole su venida para aquella tarde, le ponía en un apuro mucho mas cruel, cuanto menos hallaba los medios de afrontarlo. Veía su porvenir triste y sombrío; veía su capital destruido, su suerte truncada, y su bienestar presente convertido en una dolorosa miseria, pero esto casi le importaba poco, ante la idea de no poder entregar á Luis el dinero que debia bajo su palabra, dado caso que su administrador no pudiera en un dia realizar la venta de todos sus bienes.

Abismado en estas ideas habia olvidado á su hija casi, cuando un golpe dado suavemente en la puerta de la estancia vino á sacarlo de su meditacion.

Alzó la cabeza y escuchó.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

### UN RECUERDO Á MIS PADRES.

¡Oh Dios! ¡que dolorosos son los dias  
En que se vive en soledad y penal  
¡Que tormento, que afan y que agonías  
Siente mi vida de pesares llena!

Partieron ya del mundo los dos seres  
Que el alma idolatraba entusiasmada  
¡Ay!... vida, vida que tan solo eres  
Dolores y afliccion; mentira... nada.

¡Padre!... ¡ya tu presencia cariñosa  
No la podré mirar!... ya de tu labio  
No volveré á escuchar frase amorosa  
Envuelta siempre entre consejo sábio!

¡Madre!... tampoco en tu bendito seno  
Podrá mi pecho derramar su llanto;  
Ni un beso tuyo calmará el veneno  
Del triste corazón que te amó tanto.

¡Seres queridos!... ¡Sombras protectoras  
Que dábais vida á la existencia mia!  
¡Yo os busco sin cesar horas tras horas  
Y solo hay para mí soledad fria.

Negro destino, tú que me arrebatas  
Mis tiernos padres, y mi dulce bien  
¿Donde otro amor como su amor retratas?  
En qué otro seno apoyaré mi sien?

Sola y con pena, y sin aliento...  
¿Donde mi frente reclinare  
Quien dará vida al sentimiento  
De aquel cariño que era mi fe?

¿Puede un hermano prestar la inmensa  
Sombra adorada que un padre dá?  
¿Puede un amigo templarla intensa  
Pena del alma que sola está?

Ni sol, ni luna, ni flor, ni fuente  
Ni manso arroyo, ni el mismo Eden,  
Pudieran nunca calmar la ardiente  
Llama que enciende mi padecer.

SALUD L. DE GAMARRA BETES.

## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Dice muy bien la señora Marquesa, exclamó Julian el mayordomo. La mujer modesta y recatada y pudorosa, es un tesoro inapreciable. En cuanto á mí, el día que vaya á casarme y me decida á tomar esposa, no será ciertamente en un baile donde la busque. Además de cuanto acaba de decir la señora, las jóvenes aficionadas á los bailes se hacen por consecuencia amigas del lujo. El deseo de lucir las hace mil veces olvidarse de sus deberes; la emulacion, la envidia se apoderan de su corazon y el afan de sobrepujarse unas á otras en galas y en adornos suele atraerle tan fatales consecuencias que ni aun me atrevo á pensar en ellas.

—Me alegro de escuchar á V. Julian, dijo la anciana, veo que piensa con talento y le felicito por ello, aunque adivino que sus palabras contrarian un poco á Rosa, y tornan pensativa á Ana.

La joven se puso encarnada, y la niña exclamó:

—Oh! señora: es que yo escuchaba todo eso con mucho afan para no olvidarlo cuando sea grande.

—Ya cuidaré de recordartelo, hija mia, se apresuró á decir José; no, no te dejaré yo frecuentar los bailes ni... esas diversiones son bien perjudiciales por cierto, y jamás me han gustado. Cuando yo era mozo, y aun ahora, me divertia los domingos en juntarme con mis amigos, y en vez de fiestas y reuniones nos poniamos á jugar á los naipes, y así pasabamos el tiempo sin ofender á Dios ni molestar á nadie.

—Veo, se apresuró á decir la Marquesa con suma bondad, que como cada edad tiene sus gustos, así tambien nos parece mas justo aquello que nos alhaga mas. Rosita, joven y sin experiencia, prefiere los bailes, y V. José, hombre maduro ya, cree que el juego es lo mas inofensivo para santificar las fiestas: sin embargo uno y otra estan en un error.

El juego, amigo mio empieza en lo general por una distraccion y acaba por un vicio.

Vicio que como el fuego traeca en cenizas cuanto halla al paso, desde el jornal del pobre artesano, hasta el modesto sueldo del empleado; desde la pingüe renta del hacendado, hasta la cuantiosa herencia del gran señor: ¡ay! amigo mio, V. no sabe lo que esta costumbre fatal puede acarrear de males y de desgracias.

—Sí yo lo comprendo así señora, pero cuando se hace por un mero pasatiempo...

—En ese caso nada tendria de censurable; pero dígame V.; cuántas veces, esos que V. llama pasatiempos, no han concluido en disputas, en riñas de mas ó menos trascendencia? hoy por desgracia y en todas partes, el hombre busca distracciones fuera de su hogar, lejos de su familia y separado de las santas afecciones que Dios puso en su corazon como un manantial de inagotables delicias. Cediendo á esta nueva exigencia social, se han creado para el rico los círculos, los casinos, para el pobre los garitos y las tabernas. Y ¿qué es lo que producen estos centros de ociosidad, de perdicion y de vicio? El rico, olvidándose en ellos de fomentar y hacer productivos los bienes que el cielo le dió,

pierde su tiempo, cuando no su fortuna entera y la fortuna de sus hijos, sin ser útil á sus semejantes ni á sí mismo, y enervado, indolente, superficial, malgasta allí las horas de su vida, ya desgarrando con su labio la honra ajena, ya formando proyectos inútiles y culpables: engañándose á veces, á veces estafándose, y perdiendo con la sonrisa en los labios y en solo un momento, el oro que bastaria á asegurar el porvenir de muchas familias honradas.

En cuanto al pobre; oh! en cuanto al pobre la historia es mas sencilla, pero tambien mas dolorosa. En esos puntos de reunion á que le llama la costumbre, se entrega á los excesos mas repugnantes, juega á una carta el dinero que adquirió con el sudor de su frente y que representa el pan de sus hijos; allí las cantidades son muy cortas, pero las faltas son mas graves: á las disputas, á las palabras obscenas que manchan los labios y envenenan el alma, se sucede el abuso de los licores: se pierde la cabeza, se pierde la razon y lo que es peor aun, se gasta el jornal de uno ó dos dias, lo cual altera el orden y el bienestar de la familia. Y como no hay ninguno por deprimido que sea, que no conozca el mal que hace, tras una tarde de vicio y locura, viene una noche de remordimientos y disgustos: el malestar del espíritu se trasmite al semblante y á las palabras, y de aquí vienen las riñas, que llenan de tristeza el hogar doméstico, el mal ejemplo para los hijos, el desamor y el desvio de cuantos nos rodean.

—Vaya, señora, que parece que está V. E. viendo cuanto pasa en las casas de los jornaleros: mi vecino Juan, tiene la mala costumbre de pasar los domingos en la taberna, y no hay uno solo en que no vuelva á su casa completamente embriagado: su mujer se pone por las nubes y él la golpea de lo lindo, los hijos lloran ó pasan la noche en medio de la calle: al día siguiente, Juan se levanta tarde, estropeado, con cara de difunto, é incapaz de poder trabajar.

—Con lo cual privará á la familia del preciso sustento? dijo la Marquesa, ya veis pues que tengo razon.

—Pero, abuelita, exclamó Adolfo: si ni los bailes, ni el juego, ni la embriaguez, son permitidos, ¿con que se puede uno divertir los dias festivos.

—Ay! hijo mio, existen mil medios de *Santificarlos* que es la frase que debes elegir. El primero, acudir á los templos donde la religion nos guarda santos consue- los y purísimas alegrías; luego nos quedan los goces de la caridad, los mas dulce que prueba el alma, los paseos, en que admiramos en la naturaleza al Dios que la creó con su poder únicamente: los buenos libros, amigos los mas útiles y sinceros: el amor, la paz y la alegría de nuestra casa, y el tranquilo descanso, el confortador reposo tan necesarios para sostener nuestras fuerzas.

Pero se vá haciendo tarde y ya solo quiero deciros que si malos son los medios que se emplean por la generalidad para celebrar las fiestas, peor aún es trabajar en ellas despreciando el mandato de Dios, hollando las leyes divinas, y negando por completo la obediencia al divino precepto.

(Se continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.